

Perdón y reconciliación. En familia nos perdonamos

La familia es la institución básica y primera en la que aprendemos a confiar en los demás y en nosotros mismos. Aprendemos a relacionarnos gracias a las relaciones amorosas que se dan en el ámbito familiar. La familia no sólo atiende las necesidades básicas de las personas, sino que es el pilar en torno al cual crecemos como personas y como ciudadanos.

Los cristianos tenemos un horizonte claro en relación con la práctica del amor: el himno de la caridad de S. Pablo (1Cor, 13, 4-7) En él se nos muestra cómo ha de ser el amor a practicar en nuestras relaciones familiares.

“Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada. El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.”
(1Cor, 13, 4-7)

Pero hay muchas veces que este ideal en la práctica del amor no se cumple. La impaciencia, la arrogancia, la envidia, la dureza del corazón, el egoísmo, la realización personal... pone la vida familiar en dificultades y a veces la hiere hasta desangrarse. El amor parece incapaz de disculpar y soportarlo todo. Es entonces cuando el perdón y la reconciliación deben entrar en el escenario familiar.

La etimología dice que “per” es un prefijo que significa “acción completa, total”. Y “donar” significa “regalar o ceder voluntaria y gratuitamente”. Perdonar es, por tanto, un acto de completa generosidad.

Hoy en día el perdón se ha visto reducido a un mero acto de cortesía, se “pide perdón” al mínimo descuido que uno tiene, al estornudar, al equivocarse al hablar, al pedir paso en una aglomeración... Pero, el perdón del que ahora hablamos supone un acto de coraje y de libertad que pretende rehacer un pasado en el que una ofensa grave a la vida o a la dignidad personal ha roto o a malherido la convivencia.

Perdonarnos y perdonar a los demás es algo que libera nuestro pasado de la culpa y nos sana. El ejercicio del perdón conlleva una sucesión de momentos en los que nos vamos liberando de los juicios, las rabias, el dolor sentido... y vamos aceptando que lo que ocurrió, ocurrió, pero eso no puede condicionar toda nuestra vida ni nuestras relaciones familiares.

De todas las lecciones que tenemos que aprender como seres humanos, el perdón es una de las más importantes y de las más difíciles. Una vez que aprendemos a perdonar, la compasión, la humildad, la tolerancia y hasta la paciencia se hacen posibles.

Las alternativas a no perdonar son catastróficas... y así el odio, la venganza, la indiferencia, el desprecio... habitan en demasiados corazones y nos llevan a un mundo donde el proyecto de fraternidad, de familia universal de Jesús parece que no tiene sitio.

Ante una injusticia muchas veces surge el deseo de venganza. Cuanto mayor es el daño, mayor también la reparación que se exige. Tanto es así que el Antiguo Testamento reguló el alcance de la venganza: "ojo por ojo, y diente por diente". De modo que la venganza fuera "proporcional" al daño causado; ya que la tendencia era a infringir un daño mayor. En el Nuevo Testamento, Jesús de Nazaret nos hace otra propuesta más humanizadora que él mismo practicó (Mt 5, 38-48)

Los cristianos podemos perdonar porque Dios nos perdonó primero y porque Jesús nos enseña cómo el amor de Dios es más grande que todas nuestras limitaciones. Parábola del Padre Bueno en Lc 15, 11-32.

También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna". El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros". Se levantó y vino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado". Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud". Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha

comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". Él le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado"».

Jesús nos propone a los cristianos perdonar siempre (Mt 18, 21-22). A nosotros nos puede parecer imposible, pero si Jesús nos lo pide es porque Dios nos ha hecho capaces de ello. Para Dios nada es imposible.